

EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8 REALES TRIMESTRE. INSTRUCCION—RECREEO.—UTILIDAD. | 15 REGALOS CADA MES

SUMARIO.—Ecos de Melpómene, por don J. M. Marin.
—Debilidades, por don M. J. Ruiz.—Sin forma, poesía, por don Juan Valera.—El Otoño, poesía, por don A. Avilés.—¡Riquezas miserables! por don Salvador Barasona y Candan.—Balada, por don José Castroverde.—A Licio, soneto, por don M. J. Ruiz.—La Loea del Valle, por don José Sanmartin y Aguirre.—Música.—Miscelánea.—Charada, por Bertoldo.

ECOS DE MELPÓMENE.

MINIATURAS HISTÓRICAS

POR J. M. MARIN.

(Continuacion.)

NOVENO ASUNTO.

Voy á contaros la historia de un *puntapié imperial*.

La tradicion ayudada por las obras de Suetonio nos ha dicho quién era Neron.

Nosotros tambien le hemos encontrado, antes de ahora, en el camino caprichoso por donde avanza nuestro pensamiento.

Es, pues, un antiguo conocido.

Un dia, Popea, su manceba favorita, en cinta á la sazón, producto de sus amores con el César, despues de oirlo tocar la flauta, ejercicio en que Neron fundaba desmedidas pretensiones, cometió la imprudencia de echarse á reir diciéndole:

—¡Qué injusto fué Apolo con Midas!

A esta burla femenil, Neron, ciego de ira, contestó dándole á su concubina un puntapié en el vientre.

Popea cayó en tierra,
Neron quiso en vano levantarla.
Estaba muerta.

DÉCIMO ASUNTO.

Demos aun otra vuelta por el palacio de los antiguos Césares.

Esa mansion es un museo riquísimo de inagotables recuerdos.

¿Hemos de tener tan mala suerte que no tropecemos con alguno?

Imposible.

Hélo aquí.

En uno de los estensos vergeles del dorado Palatino, y al caer la tarde, el cortesano que atravesaba las perfumadas avenidas, solia divisar á un jóven pálido y de mirada estraviada, que, sentado sobre los bordes marmóreos de un gran estanque, se entretenia en arrojar á los peces que poblaban aquel pequeño lago, pedacillos de carne, rojos y sangrientos, que iba sucesivamente tomando de una cesta calada que cerca de sí tenia.

Aquella ocupacion dulce y apacible, parecia distraerle sobre manera.

Cada vez que uno de aquellos fragmentos caía en las aguas del estanque, acudian á disputárselo, desde todos los puntos de su circunferencia, bandadas infinitas de pequeños peces que en su alegre lucha enseñaban sobre la línea de agua sus corvos lomos matizados de gualda, púrpura y zafiro.

¡Interesante adolescente!

¡Inofensivo y cándido pasatiempo!

Para completar este cuadrado, necesario es revelar dos circunstancias que son de algun valor.

Aquel joven era Cayo Calígula.

La cesta contenía carne humana: la carne de un esclavo.

UNDÉCIMO ASUNTO.

Marco Elius Cómodo fué tambien un César notable.

Coronado emperador á los veinte y un años tenía siete pies de estatura y unas fuerzas extraordinarias.

Descendió, por su gusto, mas de 700 veces á la arena y en ella al eco del inmenso aplauso de 300.000 espectadores, venció bajo sus músculos de acero á los mas famosos gladiadores del circo.

En los últimos meses de su vida, se ocupaba casi constantemente en formar en las horas que le dejaban libres sus placeres, prolongadas listas de proscripción.

Figurar en aquellas listas, era pertenecer á la muerte!

Nombre puesto en ellas, era el nombre de un cadáver.

Una mañana despues de terminar una de esas listas se quedó dormido sobre su asiento.

De allí á poco, apareció en la estancia una muger esbelta y hermosa, vestida con una lijera túnica abierta por los costados y que dejaba ver su pecho, brazos y piernas desnudas.

Era la célebre Marcia, su favorita.

Al llegar junto á Cómodo abrió sus frescos brazos como para ceñir la cabeza del César dormido, mas al ver en aquel momento la lista, se detuvo, y se estremeció.

Sin hacer el mas leve ruido se acercó á ella y la empezó á leer.

De repente su semblante se contrajo!

Inmediatamente detrás del nombre del senador Servio Léntulo, acababa de leer éste:

Marcia.

Una sonrisa siniestra iluminó su her-

moso aunque descolorido rostro.

Tomó de un aparador cercano dos copas de plata, y dentro de una de ellas arrojó un grano verdoso que formaba el contenido de una rica sortija que adornaba su mano.

Luego las llenó de vino.

Aquel anillo, era un regalo del mismo Cómodo.

Hecho esto, le despertó con un ósculo y le invitó á beber con ella, alargándole la copa preparada.

Cómodo bebió sin recelo... y cayó, sin vida, á los pies de Marcia.

El efecto del rayo no hubiera podido ser tan veloz.

Marcia, sin hacer caso de aquel cadáver, cogió un estylo y escribió en la lista á continuación de su propio nombre: Cómodo.

Y huyó.

(Se continuará.)

DEBILIDADES.

(Continúa.)

Hemos llegado, afortunadamente, á una época en que si no es ya una especie de dogma la perfectibilidad humana, lo será, siguiendo por el camino en que hemos entrado, á la vuelta de pocos años.

Pero ¡asómbrense ustedes! esa decantada perfeccion en vez de partir de abajo viene de arriba, de esa porcion de la humanidad que se consideraría rebajada si imprudentemente se la confundiese con esa otra porcion á que desdenosamente se da el nombre de pueblo.

Y nos induce á creerlo así el hecho de haberse proscrito del lenguaje de eso que se llama el gran mundo la palabra falta.

¿Se trata de una esposa que ha sido infiel á la fe jurada, del amigo que ha faltado á los deberes de la amistad, del hombre que ha abusado torpemente de un secreto ó de la confianza en él depositada?

Pues nada de eso es un crimen, ni aun

una *falta* siquiera: cada uno de esos hechos, según el novísimo lenguaje, se considera, cuando más, como una *debilidad*.

¿Es esto efecto de piedad, de egoísmo ó de orgullo? Nosotros no nos atrevemos á resolver este problema.

¿Es acaso que las leyes de la moral son hoy menos exigentes ó severas que lo fueron antes? Nosotros, que no somos moralistas, en la recta acepción de la palabra, no podemos ser jueces en la materia.

Pero es á todas luces evidente que al calificar de *debilidades* aquellos hechos que no pueden menos de considerarse como graves *faltas*, sólo se trata de atenuar la repugnancia que esos hechos inspiran y aun de librar á las personas que los ejecutan del desden y aun del desprecio públicos.

Porque no es lo mismo decir: Fulano ha cometido una *falta*, que: Mengano ha tenido una *debilidad*.

La falta merece censura; la *debilidad* sólo inspira lástima.

El dilema es de hierro: ó nos burlamos descaradamente de la moral, ó somos más amantes que nunca de nuestro prójimo.

Pero el afán de rebajar la gravedad de los hechos nos conducirá, mal de nuestro grado tal vez, á sancionar aun aquellos que estén en abierta oposición con los buenos principios morales y religiosos.

El incendio, el robo y el asesinato no serán crímenes, sino *debilidades*, y por consiguiente el incendiario, el ladrón y el asesino, serán dignos de lástima y de indulgencia.

Este error podría arrastrarnos á procurar nosotros mismos la desorganización social.

Pero este grave escollo se evita dando á cada cosa su verdadero nombre y á cada cual su merecido.

El mal no debe cubrirse jamás con el manto del bien. Está en nuestro propio interés no confundir la luz con la som-

bra ni tratar de engañarnos á nosotros mismos. Las faltas serán siempre faltas para los espíritus rectos, por más que se les dé *piadosamente* el nombre de *debilidades*.

RIGORAS MISERABLES M. J. Ruiz.

SIN FORMA.

Nace del alma mía,
 Cuando tu voz simpática la hiere,
 Una amorosa y dulce melodía
 Que en lo profundo de mi pecho muere.
 La luz inmaterial de tu hermosura,
 Rayo de sol en tempestad oscura,
 Mi espíritu serena:
 Virtud y gozo y esperanza siento;
 Un incomunicable pensamiento,
 De noble y alta inspiración me llena.
 Si forma yo lograra
 Dar á la idea que de tí concebí,
 No tan solo en mi canto fugitivo
 A tí la idea mística llegara;
 Con raro hechizo, con perenne vida,
 Por números suaves detenida
 En mis versos viviera;
 Mas quiere el arte detenerla en vano;
 Idea y sentimiento sobrehumano
 Suben sin forma á la celeste esfera.

Juan Valera.

EL OTOÑO.

Ya se desprenden las hojas
 de los árboles del bosque;
 ya de amarillo se visten
 las praderas y los montes;
 ya se ennegrecen las nubes
 y la luz del sol esconden;
 ya se van las golondrinas,
 ya se van á otras regiones.
 Pero allá en la primavera
 volverán á nacer flores,
 vestirá de verde el prado,
 cantarán los ruiseñores,
 y el sol pintará en la tarde
 de oro y grana el horizonte;
 volverán las golondrinas,
 volverán de otras regiones.
 Tú, amada mía, te fuiste,
 del otoño á los rigores,
 y al volver la primavera
 con su manto de arboles,
 ¡ay de mí! no volverás,
 no volverás con las flores,

cual vuelven las golondrinas
que se van á otras regiones.

A. Avilés.

RIQUEZAS MISERABLES.

Hace pocas tardes me reuní con varios amigos con el objeto de ver uno de los palacios mas suntuosos de esta córte; tomamos un carruaje y salimos alegrement por la puerta de Toledo. No tardamos mucho tiempo en llegar á la puerta de los deliciosos jardines que rodean dicho palacio.

Llenos de placer y aspirando con expansion las blandas auras de los jardines, recorrimos varias calles guarnecidas de tupido musgo y frondoso ramaje, que servia de esbelto dosel á una multitud de bustos de mármol que se hallaban colocados á lo largo de las pintorescas calles. Poco rato despues apareció ante nuestros ojos la elegante escalinata de mármol blanco que dá entrada al magnífico edificio.

Mi humilde pincel no dispone de tintas tan ricas como requiere la pintura de la elegancia, el lujo y la magnificencia del palacio; hermosas inspiraciones de los mas célebres pintores cubrian elevadas paredes, elegantes arañas de bronce y cristal que turbaban la vista con sus enredados cambiantes, pendientes de los techos; el pavimento estaba tapizado con ricas alfombras capaces de competir con las mejores de Persia, y las magníficas cortinas de crugiente seda hacian que la luz diera á tan suntuoso recinto un aspecto tan fantástico como arrobador. Apenas se puede concebir tanta riqueza; allí se encontraban realizados los mágicos cuentos de *Las mil y una noches*, allí no podian considerarse como un sueño las fantásticas *Leyendas Persas*.

De pronto mi pecho respiró con entusiasmo y una sonrisa de placer dilató mis labios; acabábamos de entrar en un sa-

lon arabesco. Los airosos y delicados arcos de filigrana, los dorados y brillantes mosaicos que formaban las paredes, los ricamente bordados almohadones y aquellos elegantes pebeteros trasportaron mi pensamiento á mi pais: soñaba con la Alhambra, pensaba estar en los magníficos salones del Alcázar de Sevilla.

Yo no podia fijarme ya en lo que estaba á mi alrededor; mi pensamiento vagaba por las transparentes regiones del cielo de Andalucía; yo contemplaba desde el fondo de mi imaginacion, aquellos suntuosos monumentos que se levantan entre la arquitectura moderna publicando el esplendor de los sarracenos, y creia escuchar las melancólicas notas de esos cantares que parecen el último suspiro de las sentidas canciones de los árabes. Absorto en estos delirios crucé algunos salones casi sin darme cuenta de lo que hacia, hasta que la voz del lacayo que nos acompañaba, vino á sacarme de mi arrobamiento diciendo:

--Este gabinete era de la señora.

--¿Y por qué no es ya? pregunté maquinalmente.

--Porque ha muerto, respondiome.

Infinitas ideas brotaron en mi imaginacion, y cual las vagas brumas del crepúsculo empezaron á privar á mi alma del sol de mis recuerdos. El placer que me habian causado tan halagüeñas memorias, fué desapareciendo á medida que despertaba en mi corazon una profunda melancolía.

Ya no miraba en el fondo de mi imaginacion las almenas de los moriscos torreones, ya no pensaba escuchar melancólicos cantares; solo aparecian á mi pensamiento tristes mausoleos, sepulcros cubiertos por una pobre losa, fosas abandonadas y miserables; solo pensaba escuchar el gemido que produce el viento en el hueco de las tumbas y entre el fúnebre ramaje de los cipreses. ¡Contraste singular! El lujo, la riqueza y la profusion se estendían ante mis ojos y mi pensamiento corria por los lúgubres recintos

que la muerte cubre con sus fatídicas alas.

¡Oh vida miserable! ¡oh falaz existencia! ¿Qué son tus galas? ¿qué valen tus encantos si el término de todo es una tumba, si no dejan mas huella que unos miseros despojos entregados al olvido de la muerte?

Vosotros, suntuosos salones, ricos y elegantes adornos, ¿de qué habeis servido á la muger que halagábais? ¿qué vale vuestra hermosura, si ha de llegar un dia en que os convertireis en unas silenciosas ruinas, en un despreciable monton de escombros? ¿qué hay mas allá de la muerte? una débil y pasagera memoria.... Todo sucumbe, todo desaparece: ¡cuán miserables son las riquezas de los hombres!

Mi cabeza se abrasaba y mi pecho se oprimía de angustia con estas consideraciones; no sé qué noche fatídica y misteriosa empezaba á envolver mi corazon.

Al fin salimos del palacio.

El viento húmedo y frio que vagaba meciendo el ramaje no era suficiente para refrescar mi imaginacion; el murmullo de los tres surtidores que están delante de la escalinata, no despertó en mi corazon las dulces ideas que siempre me inspira el blando ruido de las aguas; los abedules y las araucarias del jardin, que se balanceaban entre las primeras sombras de la noche, me parecieron tristes fantasmas envueltos en negros sudarios y en las flores esparcidas sobre el musgo creia ver multitud de hojas secas que tornaban á la tierra, pasada ya su vida, marchita su lozanía.

Tendí los ojos hácia Madrid y estaba cubierto por negras y espesas brumas, miré al palacio y su inmensa mole parecia que oscilaba y se confundia con las tinieblas.... obras de los hombres, ¿qué valeis? la ausencia de un solo astro os arrebatata todo vuestro esplendor, es suficiente para arrojaros á un abismo, para confundiros con el vacío.

Esto pensaba yo, cuando un eco vi-

brante y sonoro llegó á herir mi oido; era la oracion.

Entonces, como queriendo seguir la voz armoniosa de la campana que se elevaba resonando hasta las últimas regiones del viento, levanté los ojos y respiré con admiracion y alegría al contemplar ese manto tachonado de estrellas que llamamos cielo. Una paz consoladora descendió á mi alma y exclamé con los ojos llenos de lágrimas: ¡Oh Dios! ¡Tú solo eres magnífico, Tú solo eres esplendente! Porque tus soberbios palacios nunca desaparecen de nuestros ojos, porque las alfombras que pisas están sembradas de soles, porque las eternas antorchas de la virtud iluminan tu celestial morada.

Salvador Barasona y Candan.
Madrid, 29 de Noviembre de 1867.

BALADA.

IMITACION.

¿Quieres saber, ¡oh niña!
Pálido y triste
El sol al ocultarse
Qué es lo que dice?
Su débil luz,
A la tierra y al cielo
Le dice: *Abur.*

José Castroverde.

Á LICIO.

¿Por qué no cantas, Licio, cual solias
En la margen del Bétis cristalino,
Al compás de tu plectro diamantino,
Cantar á Celia en los pasados dias?
¿Por qué sin ilusiones ni alegrías,
Mústia la faz, llorando de continuo,
Tu lábio exhala en raudos torbellinos
De protervo dolor quejas impías?
No sufras más! De la muger que amaste
Olvida el nombre, y con afan profundo
Apaga esa pasion que así te inquieta:
Y alza del polvo el arpa que pulsaste,
Despreciando el sarcasmo con que el mundo
En las lágrimas goza del poeta.

M. J. Ruiz.

LA LOCA DEL VALLE.

LEYENDA

POR D. JOSÉ F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

A MI AMIGO

ERNESTO FLORENZA Y ANTERO.

(Conclusion.)

—Qué deseáis, noble señor? preguntó al de Lara el sacerdote.

—Deseo la mano de Nise.

—Y vos? continuó el anciano dirigiéndose á ésta; pero, qué veo...? por qué humedece ese llanto vuestro ojos?...

—¡Ah! señor, porque he dado mi corazón á Lisardo y no puedo dárselo á ese señor.

—Pues yo deseo que sea mio y si nó ¡ay de vosotros! exclamó el de Lara.

—Detened vuestra impia lengua! y no oseis profanar tan santo sacramento!... exclamó inspirado el sacerdote; no puedo bendecir ese enlace por que Dios me lo prohíbe!

—Pues será! exclamó el de Lara enfurecido.

Pero en el mismo instante, los pintados vidrios de las góticas ventanas de la capilla cayeron al impulso de dos fuertes hachazos y dos hombres, puñal en mano, saltaron dentro de los altares.

Eran Lisardo y Beltran el Leñador.

—¡Ay de vos, si habeis injuriado mis amores!

—¡Ay de vos, señor de Lara!

Estas dos exclamaciones que fueron pronunciadas espontáneamente por Beltran y Lisardo al introducirse en la capilla, hicieron retroceder á los circunstantes.

—A ellos, mis vasallos! exclamó el de Lara; pero era tarde. La forzuda mano de Lisardo le tenia oprimido por el cuello, mientras con la otra amenazaba sepultarle su afilado puñal en el pecho.

Mientras tanto Beltran prodigaba mil consuelos á su hija, que exánime de alegría se habia desmayado entre sus brazos.

—Deteneos, sacrilegos! y postraos ante el Redentor, exclamó el venerable anciano, ante tan imponente escena, levantando en su mano sólememente el sagrado cáliz en donde se hallaba la santísima hostia.

Por un impulso sobrenatural todos se arrodillaron, excepto Nise que continuaba desmayada en los brazos de su padre.

Entonces aprovechándose el anciano del estado de sus ánimos, pronunció un discurso en el cual espuso los admirables preceptos del Evangelio, el cual recomienda encarecidamente el perdón de las ofensas y concluyó recordando á los circunstantes tan saluables máximas.

Todos lloraban.

De repente el señor de Lara, conmovido, salióse de la capilla.

—A dónde vais, señor? preguntáronle algunos vasallos saliendo tras él.

—En busca de la paz del alma! exclamó el de Lara.

Y montando en su soberbio alazán, partió á galope.

Un instante despues, la capilla del castillo se hallaba desierta.

Beltran y Lisardo habian trasladado á Nise á su casa sin conocimiento, pero cuando esta volvía de su letargo á nadie conocía, estaba loca.

Beltran y Lisardo lloraron la desgracia de Nise. Y así trascurrió algun tiempo.

Nise, la desgraciada Nise, la de blonda cabellera y alabastrino cuello veíase la correr por las veredas exhalandó la infeliz plañidera quejas en las cuales revelaba sus desgraciados amores.

Los campesinos la conocian por *la loca del valle*.

Lisardo, su pobre amante, la seguía por doquier que fuese y cuidaba de ella con el cariño de un hermano.

Pasó un año; era el aniversario de tan triste suceso.

Por una coincidencia inesplicable la desgraciada amante de Lisardo habia fallecido al dar la misma hora en que se cumplía tan triste suceso.

Quizá el recuerdo fatal de aquella escena la llevó á la tumba.

Lisardo lloró como un niño la pérdida de su amada y la enterró junto á la fuente donde la habia visto por vez primera.

Aquel mismo dia Beltran recibió un propio concebido en estos terminos:

«Cuando esta llegare á vuestras manos, el señor vuestro ya no pertenecerá al mundo, sino á Dios. Desde el fondo de mi celda he sabido la desgracia de Nise, cuya causa fui yo, y ruego á Dios que se compadezca del pecador que causó la infelicidad de dos amantes dignos de mejor suerte... Es mi voluntad que mis bienes pasen á poder de Beltran el Leñador.

«Rogad por el que en el mundo se llamó don Men Ruy de Lara.»

—Dios tenga piedad del desgraciado, exclamaron Beltran y Lisardo.

Un momento despues, tristes y abatidos volvieron á sus hogares.

Pasado algun tiempo, el castillo del señor de Lara se habia convertido en un espacioso hospital donde dos religiosos llenos de piedad cristiana se consagraban al servicio del prójimo.

A menudo veíaseles postrados ante una tumba que habia junto á una cristalina fuente.

Aquellos eremitas eran Lisardo y Beltran el Leñador.

Hoy todo ha desaparecido. Solo quedan algunas ruinas, al parecer de un gótico castillo y una pequeña fuente á la que algunos ancianos que recuerdan confusamente el hecho contado por sus antecesores, conocen por *la fuente de la loca*.

Esto pensaba yo cuando un eco vi-

LA MÚSICA.

Fiel imitadora de la naturaleza, tiene un fin noble, pues que atenúa y borra los dolores del alma, inundándola de una alegría inefable: sabe pulsar con suma delicadeza las fibras más recónditas y sensibles del corazón y encumbra el sentimiento a un grado eminente; decide muchas veces de la voluntad del hombre y le convierte súbdito de su influencia.

La magia de los cánticos, fué la que civilizó á los salvajes y estableció una sociedad entre las chozas del desierto; la magia de una flauta contiene el furor de una serpiente de cascabel y la fascina hasta el punto de decidir de su suerte.

El ruiseñor, esa ave misteriosa que rompe su orquesta cuando las tinieblas de la noche vienen á inundar el universo ¿no absorbe toda la atención del viajero, y le detiene en medio de la oscuridad tenebrosa? y el hombre, ¿no observa toda la atención del ave, del cuadrúpedo, cuando ejecuta alguna melodía? Si posible fuera establecer allá en las regiones empíreas una orquesta que pudiera oírse desde todos los confines de la tierra, la naturaleza toda escucharía muda y fascinada sus conciertos.

Cuenta una crónica del siglo XVI, que existía un célebre músico en Florencia que era muy incrédulo en materias de religion: llegó un día en que vióse invadido de una cruel melancolía estenuante y en este estado compuso una pieza que participaba de la índole sentimental de su alma en materias de creencia. Dióla al día siguiente á sus discípulos para que la ensayaran, y que no contendrían aquellas notas, cuando al tercer ensayo quedó como extasiado prorrumpiendo con una voz entusiasta: ¡Creo, Dios mio, en tu religion predilecta! Seis minutos después dejó de existir.

Crear en Dios y en su religion, por medio de un parto de su acalorada fantasía, nos demuestra la sublimidad de la

música, su influencia sobre el corazón del hombre, y su gracia eficaz para conmoverle.

En vano fuera que describiera aquí la importancia que ha alcanzado en esas producciones estupendas que forman eco en todos los corazones y atraen á los séxos y edades, como lo patentiza esa avidez y furor por asistir á las óperas y conciertos.

La Italia, manantial fecundo de las melodías, se ha grangeado una reputación inmensa con Rosini, Bellini, Donizetti y Verdi; Alemania, constante rival de la Italia, en este arte, también se ha inmortalizado en las sublimes producciones de Meyerbeher y otros autores; España, aunque menos afortunada, ostenta con orgullo á los señores Slava y Gaztambide.

MISCELÁNEA.

Tenemos la mayor satisfacción en anunciar á nuestros lectores que contamos con la ilustrada colaboración de nuestro distinguido amigo el hábil jurisconsulto y laureado poeta señor don Javier Valdelomar, Barón de Fuente de Quinto, quien al inaugurar en Córdoba las reuniones literarias y al iniciar la celebración de los *Juegos florales*, contribuyó poderosamente á desarrollar en la patria de Séneca el culto á las hermanas del Parnaso. Quien de tal manera ha impulsado el vuelo que de algunos años á esta parte ha tomado entre nosotros la afición á las Bellas letras, no podía menos de prestarse benévolamente á enriquecer con los frutos de su privilegiada inteligencia las columnas de nuestro modesto semanario, alentándonos de esta manera á continuar por la senda en que hemos entrado, confiando más bien que en nuestras débiles fuerzas, en la inteligente cooperación de escritores tan acreditados como el señor Barón de Fuente de Quinto y los demás que vienen dispensándonos el honor de colaborar en EL TESORO.

De *La Biblia de las Mujeres*, obra del señor don Abdon de Paz, que está publicando el editor señor Guijarro, tomamos la siguiente curiosa tabla:

«Los deberes de la muger son diez:

El primero amar á un hombre solamente y no ser coqueta con los otros.

El segundo, no jurar en vano hasta salir de la vicaría.

El tercero, oír misa y confesar sin ser beata.

El cuarto, honrar en palabras y acciones a su esposo.

El quinto, no matarle á disgustos pidiéndole imposibles.

El sexto, saber manejar el abanico para ahuyentar á ciertos moscones.

El séptimo, no hurtar una hora al costurero para dedicársela al espejo.

El octavo, no murmurar, ni mentir grandezas aparentes.

El noveno, no desear mas de un marido.

El décimo, leer cuanto pueda é instruirse, siempre que su instruccion vaya encaminada en bien de la sociedad y la familia.»

* *

A juzgar por lo que el frío está apretando en Diciembre, antes que termine el año nos trocamos en sorbetes.

* *

Ha sido nombrado académico de la de Ciencias y Bellas letras de esta capital el distinguido escritor señor don Luis Navarro y Porras, vecino de Pedro-Abad, á quien felicitamos cordialmente por esta merecida distincion.

* *

A pasos agigantados se acerca la Noche-Buena, y al verla venir, deploro no tener ni una peseta. Mas me consuelo pensando que en igual caso se encuentran casi todos los que viven en España de las letras.

* *

Y ES VERDAD.—Decia Francisco Bacon, canciller de Inglaterra:

—Los egoistas son hombres capaces de quemar la casa de su vecino, para freir un huevo en el incendio.

Y si no, que lo diga quien yo sé.

* *

Si quieres que no se sepa, no lo hagas.
El pájaro que cruza, el aire no deja: el hombre de bien, aunque tambien desaparece, deja su fama y sobrevive en la posteridad.
El grano de arroz que comes ha sido regado con el sudor del labrador.

Si quieres comer pan, no te duermas sobre el salvado.

Quien busca la sabiduria, piensa pasar por sábio; quien cree haberla encontrado, es muy nécio.

* *

Cierto pollo iba siguiendo á una vieja muy ufano limosna de amor pidiendo; y ella se volvió diciendo: «Dios nos dé que dar, hermano.»

* *

CANTARES.

El amor es como el niño que se enoja y tira el pan, y en haciéndole cariños, calla y lo vuelve á tomar.

Entra el amor por los ojos, se deposita en el pecho, le alimentan los oídos y le matan los desprecios.

* *

—Solucion á la charada inserta en el número anterior:

TABACO.

* *

CHARADA.

Primera y cuarta es aquello que mucho dinero cuesta; la segunda nos fascina en los labios de una bella, cuando de amor la pedimos eterna correspondencia; tercera y cuarta, lo hago cuando ante mí se presenta cualquier objeto que al punto mi curiosidad despierta; en mar y tierra se ven bastantes cuarta y primera, y mi *todo* en calendarios es seguro que se encuentra.

Bertoldo.

Editor responsable, D. Abelardo Diaz.

CÓRDOBA:—1867.

Imprenta de El Guadalquivir, Pescadores, 17.